

# UNA MUJER DE ARMAS TOMAR: LA CORONELA JUANA AZURDUY

Carmen DE MORA  
Universidad de Sevilla

---

## INTRODUCCIÓN

Uno de los escritores hispanoamericanos que mejor han recreado el impacto de las ideas ilustradas en las regiones americanas es Alejo Carpentier con su magistral novela *El siglo de las luces* (1970). En 1948, el escritor cubano publicó en el diario *El Nacional* de Caracas un texto que se convirtió en una especie de manifiesto de la nueva orientación ficcional. Un año más tarde el texto precedía, a manera de prólogo, una de las primeras novelas de Carpentier: *El reino de este mundo* (1949). “Prólogo a la nueva novela latinoamericana”, lo definió el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal. Allí formuló Carpentier el concepto de “real maravilloso americano” que está directamente ligado a la idea de mestizaje y sincretismo cultural en cuanto elementos diferenciales de lo americano. Lo maravilloso americano se diferenciaría de lo maravilloso europeo, uno de cuyos exponentes fue el surrealismo, porque lejos de ser un artificio literario, tendría una base real de orden natural e histórico. El primero ya quedó atestiguado en los textos cronísticos que plasmaban la grandiosidad de la fauna y de la flora. El segundo, relativo a la historia, fue descrito por Carpentier con estas palabras:

*Lo real maravilloso se encuentra a cada paso en las vidas de hombres que inscribieron fecha en la historia del Continente y dejaron apellidos aún llevados: desde los buscadores de la Fuente de la Eterna Juventud, de la áurea ciudad de Manoa, hasta ciertos rebeldes de la primera hora o*

*ciertos héroes modernos de nuestras guerras de independencia de tan mitológica traza como la coronela Juana Azurduy.*

El concepto de lo real maravilloso resultó a la postre tan artificioso como las imágenes heteróclitas del surrealismo que Carpentier había criticado en el prólogo, pero sus ideas acerca de la misión que le corresponde al escrito latinoamericano han dejado alguna de las mejores novelas escritas en castellano. En coherencia con una concepción del quehacer literario basada en el compromiso con la época, el escritor debe convertirse en observador y juez de los grandes movimientos colectivos que constituyen la Historia y darles forma mediante la elaboración estética.

Carpentier consolidó una de las vertientes más fecundas de la narrativa hispanoamericana, la novela histórica, aunque después ésta haya evolucionado por derroteros distintos a los que él había trazado. También echó las bases para una reescritura de la Historia de América con una visión auténticamente americana. De ese modo se explica la atracción que pudo sentir por algunas figuras extraordinarias que habían protagonizado la Historia de América. En el prólogo citado Carpentier dejó traslucir la magnitud de la heroína Juana Azurduy a quien de buena gana le habría dedicado una novela.

¿Quién fue esta mujer apenas conocida fuera de Bolivia y Argentina, que mereció la visita de Bolívar en 1825?

Juana Azurduy nació en la ciudad altoperuana de los cuatro nombres (Chuquisaca, Charcas, La Plata, Sucre) el 12 de julio de 1780, hija de un hacendado, Matías Azurduy, y de Eulalia Bermúdez, que murió al poco de nacer Rosalía, hermana de Juana. Preocupado por su educación, el padre la ingresó en el convento carmelita de Santa Teresa, donde permaneció enclaustrada cuatro años. Ya desde la infancia, en la finca Toroca donde se crió, Juana se sentía atraída por la vida activa y no por la contemplación. La afición a los caballos, su destreza como amazona y el talante libre e inquieto presagiaban quizá a la futura guerrera. Independientemente de las aptitudes personales de Juana Azurduy, el clima de agitación intelectual y social previo al estallido independentista y a su matrimonio con Manuel Ascensio Padilla influyeron en su decisión de convertirse en guerrillera.

Algunos historiadores no dudan en situar el comienzo de la Guerra de la Independencia en América española en la insurrección del 25 de mayo de 1809 en Chuquisaca, hoy Sucre. Ese día la capital del distrito de la Audiencia de Charcas vivió una verdadera sublevación popular. Una numerosa muchedumbre se concentró en la plaza mayor gritando a favor del Rey y pidiendo muerte para los traidores. El presidente García Pizarro, cuya autoridad ya estaba muy mermada por doce años de discrepancias con los miembros de la Audiencia, entregó el mando. La segunda autoridad, el arzobispo Moxó, había huido de la ciudad. El suceso revolucionario motivado directamente por el enfrentamiento entre la autoridades coloniales, sobre todo entre el presidente y los oidores, no era sino manifestación de un fenómeno más complejo. En él entra en juego un tercer centro de poder, además de la Real Audiencia y el Arzobispado: la Universidad de San Francisco Xavier. En ella se engendró

uno de los focos de la nueva mentalidad que daría lugar a los cambios revolucionarios. Igualmente decisiva fue la Academia Carolina de Practicantes Juristas, institución creada por la Real Audiencia en 1778. Allí se formó un grupo minoritario de jóvenes “radicales” que discutía y leía obras europeas pero también hacía campaña de difusión de pasquines subversivos o críticos contra el régimen español. (En la Universidad de Charcas se formaron los principales cabecillas de la revolución de mayo: Moreno, Castelli y Monteagudo.) A ellos se sumaban otros elementos de distinta procedencia social: comerciantes, agricultores o simples vecinos. También las tertulias que solía celebrar la clase acomodada en Chuquisaca se fueron transformando en reuniones clandestinas donde se discutían las nuevas ideas políticas y se comentaba la delicada situación de la metrópoli.

No transcurrido dos meses desde los sucesos de Chuquisaca, cuando el 16 de julio se produjo el alzamiento de La Paz. Las causas, una conspiración para reconocer como soberana a Carlota de Borbón y el deseo de formar una Junta para defender los derechos de Fernando VII hasta un retorno al trono. La insurrección se preparó en reuniones clandestinas integradas principalmente por miembros de la alta clase profesional de La Paz, propietarios de haciendas, en su mayoría. Había doctores formados en Charcas, sacerdotes, y también algunas personas de clase modesta. Todos ellos reconocieron como jefe al abogado Pedro Domingo Murillo. El levantamiento de La Paz concluyó con la entrada en Goyeneche el 25 de octubre de 1809 y el posterior ajusticiamiento de los criollos alzados.

## LAS REPUBLICUETAS

La actuación de Juana Azurduy en los movimientos independentistas está ligada a la de su esposo Manuel Ascencio Padilla y ha sido contada detalladamente por Bartolomé Mitre en el capítulo dedicado a la guerra de Republicuetas en *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina* (tomo XXIII de su obra)<sup>1</sup>. Tras los sucesos de Chuquisaca y La Paz, los virreyes de Lima y Buenos Aires se propusieron sofocar aquellos actos de rebeldía para evitar que se propagaran a otros lugares. El nuevo y último virrey de la jurisdicción platense, Baltasar Hidalgo de Cisneros, designó como presidente de la Audiencia de Charcas al mariscal de campo Vicente Nieto, encargándole la pacificación de los distritos de Chuquisaca y La Paz. Aunque Nieto no actuó con la dureza y crueldad de Goyeneche, sí autorizó la prisión de los alzados antes de someterlos a destierro. Uno de ellos, Álvarez de Arenales, que había sido conducido a Lima como prisionero, logró fugarse y trasladarse a Charcas. Allí vivió oculto en el campo y formó una fuerza guerrillera integrada por campesinos y mestizos para oponerse a las autoridades reales. Álvarez de Arenales entró en contacto con Manuel Ascencio Padilla y su esposa que estaba llamada a cumplir un papel capital en el proceso independentista.

<sup>1</sup> Para su consulta he manejado la siguiente edición: Bartolomé Mitre, *La guerra de las republicuetas. Las guerrillas en la lucha por la independencia nacional*. Selección y prólogo de Raúl Larra. Buenos Aires, Editorial Lautaro, 1965.

Con el nombre de "Guerra de Republiquetas" se conocen las insurrecciones populares del Alto Perú, llamadas así por los contemporáneos para distinguirlas de las Montoneras de la República Argentina. Bartolomé Mitre, uno de sus mejores cronistas, la describe en los siguientes términos:

*Es ésta una de las guerras más extraordinarias por su genialidad, la más trágica por sus sangrientas y represalias, y la más heroica por sus sacrificios oscuros y deliberados. Lo lejano y aislado del teatro en que tuvo lugar, la multiplicidad de incidentes y situaciones que se suceden en ella fuera del círculo del horizonte histórico, la humildad de sus caudillos, de sus combatientes y de sus mártires, ha ocultado por mucho tiempo su verdadera grandeza impidiendo apreciar con perfecto conocimiento de causa su influencia militar y su alcance político (118).*

Para Mitres, la importancia de las guerrillas se mide más que por sus batallas y combates, por la influencia que tuvo en las grandes operaciones militares, contrarestando la acción de poderosos ejércitos. Su éxito se basaba en un impulso instintivo y unánime que no respondía a un plan estratégico determinado:

*Cada valle, cada montaña, cada aldea es una republiqueta, un centro local de insurrección, que tiene un jefe independiente, su bandera y sus Termópilas vecinas, y cos esfuerzos aislados, convergen sin embargo hacia un resultado general, que se produce sin el acuerdo previo de las partes (120). Los insurrectos eran principalmente indígenas y mestizos que luchaban armados casi exclusivamente de palos y piedras.*

Cuando en 1815 el ejército argentino, al mando del general Rondeau, invadió por tercera vez el Alto Perú, la insurrección popular de las republiquetas se encontraba en todo su apogeo distribuida en seis puntos del territorio del Alto Perú. Padilla dominaba con sus armas la zona comprendida entre el Río Grande y el Pilcomayo, bajo la dirección de Arenales. Contaba entonces 43 años. Había nacido en Chayanta, una provincia sacudida por los levantamientos indígenas en defensa de sus libertades, y era hijo de un hacendado. En Chuquisaca, adonde se había dirigido enviado por su padre por razones comerciales, conoció a los argentinos Monteagudo y Mariano Moreno y tuvo conocimiento de las nuevas ideas. Allí conoció también a Juana Azurduy, seis años menor que él, en 1802. Tres años más tarde se casaron.

La primera actuación de Padilla ocurrió cuando se unió al ejército argentino que marchaba al norte a enfrentarse con Goyeneche. Después participó primero con Castelli y luego con Belgrano en los combates de Guaqui, Salta, Vilcapugio y Ayohuma. Padilla había establecido el cuartel general de la republiqueta en el distrito de La Laguna, en el sur del Alto Perú. El movimiento guerrillero bajo su mando operaba principalmente en los pueblos de La Laguna, Tomina y El Villar, al Sureste de la capital de la Audiencia. En 1813 se incorporó a la lucha guerrillera Juana Azurduy que solía

acompañar a su esposo en las correrías. Azurduy era “tan famosa como su marido por su valor, sus hazañas y por su ascendiente sobre los naturales”. Contaba ella entonces 35 años. Mitre ha descrito la imagen guerrera que debió fascinar a cuanto la veían: “En los combates vestía una túnica escarlata con franjas y alamares de oro y un ligero birrete con adornos de plata y plumas blancas y celestes” (123-124). La vida de la guerrilla estaba expuesta a toda clase de penalidades y peligros: el frío, la lluvia, el hambre, los refugios inhóspitos en lugares escondidos, la errancia. Juana tuvo que sufrir la pérdida de sus cuatro hijos que por la poca edad no lograron sobrevivir en condiciones tan duras. Aun llegó a tener otra hija, Luisa, que le sirvió de compañía cuando enviudó y más tarde, cuando fue una anciana pobre y sola.

Con los esposos Padilla está asociado un curioso personaje cuya historicidad es algo dudosa: el joven indio Huallparrimachi (1793-1814) que sería el único poeta popular de legua quechua en todo el siglo XIX. Una de las versiones precisa que nació en la región de Potosí y habiendo quedado huérfano sirvió en casa de Manuel Ascencio, quien le enseñó castellano y lo adiestró para la lucha con los patriotas. Murió a los 21 años en la batalla de Carretas (7 de agosto de 1814). Se le atribuyen doce composiciones fruto de sus amores desdichados con Vicente Quiroz que fueron publicadas por primera vez por el quechuista boliviano Jesús Lara. En uno de los combates en que intervinieron los Padilla, el esposo fue apresado por los realistas; cuando faltaba poco para que fuera ejecutado, doña Juana Azurduy se presentó en el campamento enemigo acompañada de Huallparrimachi y consiguió liberarlos sin que lo advirtieran los realistas.

Hacia 1816 Padilla, aprovechando la circunstancia de que Chuquisaca sólo contaba con una guarnición de 300 hombres y un cañón, al mando de La Hera, se dirigió allí con más de 3.000 hombres. Desde el 9 de febrero en que llegó con los suyos cometieron varios asaltos animados “por la mujer de Padilla, que en persona recorría los cantones bajo el fuego de los de la plaza, según cuenta la tradición” (142). Mitre comenta con detalle la estrategia seguida por Padilla; él se situó en San Julián, al este de La Laguna; Azurduy, al Sur, en el Villar, cubriendo su izquierda. La Hera, para cortar la retaguardia de Padilla, atacó el Villar, pero “Doña Juana Azurduy lo mantuvo valerosamente, saliendo al encuentro del destacamento español, y lo rechazó matándole 15 hombres” (143). Padilla mantuvo el cerco de Chuquisaca desde fines de mayo hasta principios de agosto.

La intervención de Juana Azurduy en estos sucesos, al mando del batallón de los “Leales”, fue histórica. En un arranque de valor consiguió arrebatársela a los realistas uno de los símbolos más preciados del ejército: la bandera reconquistadora de las ciudades de La Paz, Puno, Arequipa y el Cuzco. Los combates de La Laguna, Villar y Sopachuy están narrados pormenorizadamente en el parte del comandante Manuel Ascencio Padilla dirigido al general en jefe José Rondeau, informándole de las acciones contra el enemigo. Sin embargo en dicho parte, no especifica que fuera Juana Azurduy quien arrebatara la bandera a los realistas. No obstante, en una carta de Manuel Belgrano al Supremo Director del Estado, Juan Martín de Pueyrredón, sí le reconoce a Juana Azurduy la autoría de la toma de la bandera, “en la acción a que se

refiere el comandante don Manuel Ascencio Padilla quien no da esta gloria a la predicha esposa, por moderación". ¿Por moderación o tal vez por celos del arrojito de su esposa? Esta proeza le valió el grado de teniente coronel. En las dos cartas oficiales de Manuel Belgrano sobre las hazañas de Juana Azurduy y sobre el nombramiento de teniente coronel respectivamente, se puntualiza que las acciones heroicas y el valor mostrados por ella eran "poco comunes a las personas de su sexo" o "nada comunes en su sexo". Lo que revela la excepcionalidad que representaba a los ojos de sus contemporáneos; por ello, Juana Manuela Gorriti, en el breve pero intenso retrato que perfiló de la guerrillera, sentenció: "algunos caudillos tuvieron envidia de esa gloria femenina y comenzaron contra ella una hostilidad que la desalentó"<sup>2</sup>. Según cuenta la escritora argentina en *Perfiles*, la conoció en 1822, siendo ella muy pequeña, cuando su padre que mandaba entonces en Salta, la recibió "con los honores que se tributan a los héroes":

*El loor de sus hazañas flotaba ante mis ojos como un incienso en torno a aquella mujer extraordinaria y formábala una aureola.  
Su recuerdo, está vivo aun en mi mente cual si ahora la viera con sus largos vestidos de luto y su semblante sereno y meditabundo.*

Padilla murió a manos del coronel Javier Aguilera, fanático realista. Su cabeza fue clavada en una pica en la plaza de la Laguna. Tras la muerte de su marido, Juana Azurduy se unió a los independentistas dispersos tras los combates y continuó la lucha. Llegó después a Tarija, donde la recibió con honores el coronel Uriondo; se dirigió más tarde a Salta, donde también fue acogida con honores por el general Martín Güemes, gobernador de esa provincia. Allí permaneció hasta 1825, año en que regresó definitivamente a Chuquisaca, donde le fueron devueltos sus bienes, ya muy escasos. En noviembre de ese mismo año recibió la visita de Simón Bolívar, quien al ver el abandono y la pobreza en que vivía le acordó una pensión vitalicia de sesenta pesos mensuales. Los últimos años de Juana fueron muy duros, sin apenas recursos económicos sobrevivieron ella y su hija con una modesta pensión. Murió en 1862 a los 81 años. Hoy día Juana Azurduy es un símbolo del patriotismo llevado hasta el más alto grado de heroísmo y abnegación.

En esta sucinta semblanza de Juana Azurduy sorprende la decisión y entereza con que asumió un destino que no estaba previsto para ninguna mujer en la mentalidad de la época. Es cierto que en la segunda mitad del siglo XVIII se produjeron importantes transformaciones intelectuales que afectaron a las funciones desempeñadas por la mujer en la sociedad y permitió que tuvieran un papel activo en los movimientos revolucionarios (Lavrin, 1985: 17)<sup>3</sup>. Sin embargo, aunque en ese período y en buena parte del siglo XIX, los discursos más progresistas defendían el derecho de la mujer a recibir formación y educación especializadas, no se puede perder de vista

<sup>2</sup> *Perfiles*, Buenos Aires, 1942.

<sup>3</sup> El cambio fue importante si pensamos que el destino de las mujeres en la época colonial se había construido sobre dos únicas alternativas: el convento y el matrimonio.

que la finalidad era cumplir con los roles tradicionales que la sociedad les había asignado en el espacio de lo privado y cotidiano. Así, pasados los primeros años de máximo fervor independentista, la mujer quedaría de nuevo relegada a la vida familiar, y las heroínas de la Independencia condenadas al olvido.

¿Podría reducirse entonces la actuación de Juana Azurduy al “síndrome de la gran mujer”, en términos de Asunción Lavrin? Sería un injusto error histórico considerar su vida un hecho aislado. La mujer participó activamente en el proceso independentista como soldado o realizando funciones auxiliares en los ejércitos, aunque pocas alcanzaran las dimensiones épicas de Azurduy. Aun así, hubo otros nombres ilustres. En México, Gertrudis Bocanegra encabezó un ejército de mujeres organizado en ella en 1810; durante la revolución haitiana de 1804, destacó Marie-Jeanne, una esclava liberta; la quiteña Manuela Sáenz en Perú; Cesárea de la Corte de Romero González combatió con Güemes vestida de hombre; Mariquita Sánchez de Thompson organizaba reuniones secretas en su casa con carácter independentista; Juana Ramírez, en Venezuela. En Colombia, la costurera Polonia Salvatierra y Ríos, conocida como “Policarpa”, distribuía los mensajes anticoloniales escondidos en naranjas. Y así podríamos continuar engrosando la lista.

La biografía de Juana Azurduy, en cuanto paradigma de la participación de la mujer en las luchas independentistas, contiene una doble enseñanza. El lento declive tras la muerte de su esposo, la pobreza y el olvido en que transcurrieron sus últimos años, invitan a pensar que la sociedad no estaba preparada todavía para aceptar en una mujer el rol activo y público que ella había representado. Sin embargo, transcurridos ya casi dos siglos, su perfil gana profundidad histórica al asociarse con el de numerosas mujeres que no sólo en América Hispánica, sino en distintos países de Europa y América del Norte participaron en movimientos revolucionarios e independentistas. Y de ese modo iniciaron un lento proceso de ruptura del viejo orden y de transformaciones sociales destinado a expandirse hacia otros muchos frentes.

## BIBLIOGRAFÍA

- BATTICUORE, Graciela: *Mujeres argentinas. El lado femenino de nuestra historia*, Editorial Extra Alfaguara.
- BIDONDO, Emilio A.: *La guerra de la Independencia en el Alto Perú*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1979.
- *Alto Perú. Insurrección, Libertad, Independencia (campañas militares), 1809-1825*, La Paz-Bolivia, 1989.
- BRINGUER, Estela: *Juana Azurduy, teniente coronel de las Américas*, Buenos Aires, AZ Editora, 1976.
- CHERPAK, E.: “La participación de las mujeres en el movimiento de independencia de la Gran Colombia”, en A. Lavrin (ed.): *Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas*, México, FCE, 1985.
- CIRIZA, Alejandra: “La formación de la conciencia social y política de las mujeres en el siglo XIX latinoamericano. Mujeres, política y revolución: Juana Azurduy y Manuela

- Sáenz", en *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*. Edición de Arturo Andrés Roig, Madrid, Editorial Trotta, CSIC, 2000.
- DORADO DE REVILLA, Elsa: *La libertadora Juana Azurduy de Padilla: guerrillera de la independencia americana*, La Paz, Impresa gráfica, 1980.
- DUBY, G. y M. PERROT: *Historia de las mujeres: el siglo XIX. La ruptura política y los nuevos modelos sociales*, vol. 7, Taurus, Madrid, 1993.
- GANTIER, Joaquín: *Doña Juana Azurduy de Padilla (1781-1862)*, Bolivia-La Paz, Fundación Universitaria Simón Patiño, 1946.
- HALPERIN DONGHI, T.: *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, en N. Sánchez Albormoz (coord.): *Historia de América Latina*, Madrid, Alianza, 1985.
- HERRERO, Violeta: *Una nueva mirada sobre J. A. Padilla*, Universidad Nacional de Jujuy y Universidad Católica de Salta.
- JUST LLEÓ, Estanislao: *Comienzo de la Independencia en el Alto Perú: Los sucesos de Chuquisaca, 1809*. Sucre- Bolivia, Editorial Judicial, 1994.
- LECUNA, V.: *Documentos referentes a la creación de Bolivia*, Caracas, 1975.
- ROUDINESCO, E.: *Feminismo y revolución. Théorigne de Méricourt*, Barcelona, Península, 1990.
- SILES SALINAS, Jorge: *La Independencia de Bolivia*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992.